

# Cuerpo e investigación en teoría social<sup>1</sup>

*Zandra Pedraza Gómez  
Profesora Asociada  
Departamento de Antropología  
Universidad de los Andes*

La posibilidad de discutir aquí la noción del cuerpo, en particular su utilidad para la teoría social, me sirve para desatacar en esta oportunidad algunos asuntos relacionados con las consecuencias de pensar el cuerpo en el marco de las ciencias sociales. Para tal propósito tocaré tres aspectos que considero centrales para avanzar en la tarea de comprender la paleta de aspectos conceptuales, políticos y metodológicos afectados por un tema de creciente interés y dedicación pero no siempre claro en sus consideraciones teóricas. Me referiré para comenzar, a la condición del cuerpo como tema de estudio para las ciencias sociales y a algunas características que conviene tener en cuenta para comprender lo que está comprometido cuando se piensa el cuerpo. A continuación trataré algunos de los asuntos centrales que pueden adquirir un matiz particular y ser comprendidos de maneras renovadas y útiles cuando se los mira desde las consideraciones que impone un pensamiento corporal. Por último, encuentro oportuno ilustrar algunos de estos elementos en el contexto latinoamericano a fin de esbozar el alcance explicativo que puede tener el orden del cuerpo.

## ***El cuerpo en la teoría social***

No podría afirmarse que el cuerpo haya sido una categoría ignorada por el pensamiento occidental. Además de la preocupación mostrada por la filosofía a lo largo de su historia, en

---

<sup>1</sup> Este trabajo fue presentado en la Universidad Nacional de Colombia, sede Manizales, en el marco de la Semana de la Alteridad, en octubre de 2003.

el siglo XX, no solamente los filósofos sino también los pensadores de las ciencias sociales, con Marcel Mauss a la cabeza, iniciaron una reflexión acerca del cuerpo en relación con los contextos sociales y culturales de interés para la sociología y la antropología. Pese a las consideraciones etnológicas y sociológicas hechas desde las primeras décadas del siglo y a los estudios realizados en el campo de la psicología, es hacia la década de los años setenta cuando empieza a incorporarse el cuerpo en el pensamiento social y una década después cuando el tema adquiere un peso tal que la producción en torno suyo se hace visible y es acogido en las agendas académicas.

El enfoque genealógico de Foucault marca un hito en la posibilidad de comprender el alcance del asunto e incluso ofrece una óptica renovada a trabajos anteriores como los de Norbert Elias, Marcel Mauss y George Simmel. Desde los años ochenta el cuerpo es un motivo que ha ganado autonomía y ha fundado un terreno propio en la teoría social. Hay un corpus de trabajos canónicos producidos a lo largo de dos décadas, entre los que se destacan los de Turner; Feher, Nadaff y Tazi; Kamper y Wulf; Laqueur; O'Neill; Kantorowicz; Jordanova; Butler; Shilling; Featherstone y Frank. Algunos los reivindica la sociología para fundar una especialidad que bajo el nombre de sociología del cuerpo cuenta con un importante caudal de publicaciones especializadas. En cuanto la orientación sociológica debe excluir muchas investigaciones y acercamientos conceptuales distantes de sus preocupaciones, podría ser más acertado procurar comprender el desarrollo teórico no como producto de un interés disciplinario específico sino en función de los problemas particulares que plantea el cuerpo a la teoría social en general.

Interesa a la comprensión del desenvolvimiento de los debates sobre el sentido del cuerpo y de los temas asociados a él, reflexionar acerca del contexto teórico que hace visible

algo cuya incontestable existencia parece reclamar hoy una inclusión sin ambages en ese mismo contexto. Pues si bien las reflexiones filosóficas de diversas maneras y en muchos momentos de la historia del pensamiento se esforzaron por definir la condición y el sentido del cuerpo para el ser humano, sólo en las últimas décadas se ha intensificado el poder explicativo del cuerpo y de los asuntos asociados a él para producir en la teoría social avances que de forma contundente reconozcan el carácter corpóreo de la vida humana y su peso político y social. Tanto la noción de biopoder de Foucault ampliada por Agnès Héller, Giorgio Agamben o Toni Negri, como la teoría de la práctica de Bourdieu, la teoría de la estructuración social de Giddens, la teoría de la psicogénesis social de Norbert Elias o las teorías de la modernidad reflexiva de Scott Lash y Ulrich Beck, e incluso acercamientos de la posmodernidad y, sin duda alguna, las teorías feministas y de género, así como las perspectivas contemporáneas sobre racismo, eugenesia, jóvenes o nuevas tecnologías de comunicación y de vida, convergen en uno u otro momento en el esfuerzo por comprender y analizar el carácter del cuerpo, así como por producir una crítica de su sentido práctico, político y simbólico. No obstante, no en todas es el cuerpo el tema del debate y en muchas de ellas es uno más de los elementos explicativos de un problema de otro orden.

El denominador común de estos intereses está en la orientación epistemológica producida por la segunda modernidad (modernidad de segundo orden, modernización reflexiva, tardomodernidad, remodelización) que cuestionó el carácter natural de muchas de las nociones que hicieron posible, acaso por su misma ingenuidad, el desarrollo del mundo moderno. Es sin duda el caso del cuerpo. Una es la afirmación de la aparición del cuerpo en el mundo moderno como factor central de su organización práctica y simbólica y el reconocimiento del orden producido a partir suyo. Otra, de carácter cualitativamente distinto, es la

posibilidad de reconocerlo teóricamente como elemento fundacional, de cuestionar su naturalidad, capacidad que no supera las tres últimas décadas. El enjuiciamiento de las bases cognoscitivas de la primera modernidad que le hace a ésta su propia racionalidad<sup>2</sup> permite que el cuerpo aparezca bajo la luz teórica como un elemento cuya naturalidad debe ser reconsiderada, tanto como debe serlo el orden producido bajo las formas de control, domesticación y disciplinamiento que dieron vida a la primera modernidad (familia y orden de géneros, ordenamiento etéreo, étnico y racial). La disolución de distinciones fundamentales, en este caso particular, la del carácter natural y físico del cuerpo en oposición a los aspectos culturales y espirituales logrados por el desarrollo de la vida civilizada, del espíritu, es un suceso epistemológico sucedido por los principios propios de una modernidad reflexiva. En tanto todo aquello con carácter natural y, por tanto, incuestionable, estuvo librado de la necesidad de justificarse a sí mismo, el cuerpo – si bien objeto de regulación, y discernimiento – habitó aquella zona de la realidad que por su carácter natural fue claramente distinto, aunque no ajeno, del mundo social y cultural<sup>3</sup>. Esta división entre el cuerpo y el espíritu, expresada bien en la oposición cuerpo y alma o cuerpo y mente, y análoga a la oposición naturaleza y cultura que sustenta el desarrollo de la modernidad y su orden institucional, precisamente por su condición ‘natural’, estuvo exenta de una auto-justificación, ausencia ésta que sirvió para librar de tal necesidad a ciertos arreglos sociales que no tuvieron que dar cuenta de sí mismos. Esto naturalizó, por ejemplo, la formación de la familia burguesa fundada en una severa división de los sexos y la jerarquía de las edades hasta constituir el núcleo de la sociedad moderna.

---

<sup>2</sup> Beck et al. (2003):17-18.

<sup>3</sup> Beck et al. (2003): 17.

El actual interés en el cuerpo, orientado a cuestionar su naturalidad, definir su alcance en campos como los fenómenos neurológicos, los términos de la salud y la enfermedad, la comprensión de aspectos emocionales e intelectuales, lo mismo que en inquirir en su utilización social, en su valor político, en su alcance simbólico, oscila entre producir una sociología o antropología del cuerpo o una teoría del cuerpo. La cuestión sobrepasa la dificultad nominal, pues está en juego el reconocimiento de que el cuerpo pueda requerir, por sus características, una forma de acercamiento, que no está del todo contenida en disciplinas como la sociología o la antropología. Esta misma dificultad se trasluce en otros intereses disciplinarios que invoca el cuerpo: hay estudios médicos sobre el cuerpo, feministas, de estética, literarios, pedagógicos, filosóficos. En general, puede afirmarse que estas orientaciones son muy proclives a enfatizar los intereses propios de su tradición y a caer en lo que Berthelot considera que hace funcionar al cuerpo como un operador discursivo. En el fondo se plantea la cuestión de la clase de fenómeno, de objeto de investigación que es el cuerpo, de si debe entenderse como un asunto construido por las disciplinas interesadas en él, o dueño de una existencia auténtica para cuyo conocimiento se requeriría del desarrollo de una orientación especializada.

Tal inquietud conduce por último al debate sobre el estado actual de las ciencias sociales y a la preocupación por la posibilidad y pertinencia de la transdisciplinariedad. Las opciones oscilan entre las disciplinas tradicionales capaces de producir especialidades como sociología del cuerpo, antropología del cuerpo o historia del cuerpo, versiones que ya cuentan con alguna tradición o las también disponibles perspectivas del cuerpo desde ángulos disciplinares como los estudios del cuerpo a la luz de la historia de las ciencias, de la perspectiva feminista o de género, de los acercamientos estéticos. Si los primeros apuntan a la produc-

ción de cuerpos analíticos vinculados a tradiciones disciplinares, los segundos se interesan por producir visiones críticas acerca de las huellas disciplinares en el cuerpo. En ambos casos sobresalen los efectos del principio disciplinar y se produce a menudo el efecto cuestionado por Berthelot, de asignarle al cuerpo la tarea del operador lingüístico, de lexema, en un registro discursivo que permite acceder a algo que puede ser leído a través del cuerpo, pero no a él mismo, porque el cuerpo tiene la capacidad de desvanecerse y hacerse fugaz en la producción teórica<sup>4</sup>. La razón de este obstáculo epistemológico se encuentra en el régimen discursivo que hace que el conocimiento sociológico cuyo referente externo, el cuerpo, busca ser aprehendido, ya está presente como instrumento genérico del discurso mismo.<sup>5</sup>

¿Cómo trazar un camino transdisciplinario, capaz de superar estos obstáculos? Sin detenerme aquí en las pertinentes consideraciones sobre las posibilidades y la utilidad de los acercamientos transdisciplinarios frente a los pluri- multi- o interdisciplinarios o a los propiamente disciplinares, querría destacar el carácter del cuerpo, a la vez fenómeno antropológico por antonomasia como objeto de estudio, rasgos éstos que remiten lo mismo a la vida en su contenido y expresión existencial, que al conocimiento sobre él mismo, como lo producen las diversas disciplinas que lo explican y condicionan, a la vez que dan rumbo y sentido individual y social a su devenir existencial. La conveniencia de hacerse cargo de esta multiplicidad de vectores invita a un acercamiento de este tipo.

En una disposición de este talante se incursionaría en fenómenos corporales a los que han atendido al mismo tiempo que los han condicionado, las visiones fenomenológicas, psicológicas, neurológicas, médicas, sociológicas, históricas, estéticas, jurídicas, políticas, los estudios de género y las críticas de la historia de las ciencias, en el intento por compren-

---

<sup>4</sup> Berthelot (1995):15.

<sup>5</sup> Berthelot (1995): 22.

der cómo este cúmulo de formas de conocimiento son inseparables del sentido, el valor y el universo de experiencias que constituyen el cuerpo, tanto como el hecho de que éste no se agota en su perspectiva anatómica, fisiológica, energética, neurológica, psíquica, emocional, carnal, estética, en su figura, en su adorno, en su puesta en escena social, en su sexualidad, en su composición genética, en sus dolores y enfermedades, en sus comportamientos privados o públicos, en sus movimientos, sino que en la acción de todas estas facetas, cada una a su vez moldeada por formas de conocimiento más o menos científicas y cada una con una interpretación individual pero también social y simbólica, es en donde se desenvuelve la vida.

La cuestión de si el cuerpo pasa de ser una entidad “natural” para ser construida como un objeto o un problema de investigación por las disciplinas sociales y cómo se procura no despojarlo en este intento de su carácter vivo a fin de reconocer a cabalidad que es intrínseco a la vida humana de una forma que los estudios a menudo no pueden captar; la cuestión de si el comportamiento, la vida social, la noción del sujeto, el pensamiento y la conciencia pueden concebirse y entenderse ignorando la condición corporal humana, es tal vez el punto álgido que surge al incluir el cuerpo en los intereses de la teoría social. Y este carácter crítico proviene de que el intento por considerar esta cuestión de forma coherente y consecuente, reta la constitución epistemológica de las ciencias sociales y de las formas científicas de conocimiento moderno. Este reto está asociado con aquél que mira de forma crítica la convención que delimitó la naturaleza y la cultura y bajo cuya égida fue posible el conocimiento científico. El planteamiento de que el cuerpo ha abandonado el terreno de lo natural para ser una más de las tareas culturales del mundo contemporáneo y que involucra de forma directa, cotidiana e inapelable la condición individual tanto como la social, pero

también el reconocimiento de que este acto es tema de la investigación y la producción teórica en cuanto ha conducido a una condición segunda de la modernidad, son dos asuntos de los que deben dar cuenta los estudios empíricos del cuerpo y las elaboraciones teóricas.

### *Pensar el cuerpo*

¿Qué permite pensar el cuerpo, qué consecuencias tiene pensarlo y para qué interesarse por discutir la conveniencia o no de fundar nuevos objetos de investigación y la utilidad de acercamientos metodológicos particulares? En esta segunda parte querría sugerir ciertas características del carácter del objeto que es el cuerpo y lo que entraña este reconocimiento para la investigación en ciencias sociales.

Uno de los marcados intereses de las ciencias sociales puede resumirse en términos de la comprensión de la conducta humana, comprensión que abarca aspectos sociales, culturales, individuales, políticos, psicológicos e históricos entre muchos y que suelen fundar diferencias específicas entre las disciplinas. Valga recordar que la conducta humana sólo ocurre en tanto es corporal. Esta afirmación remite de suyo a un asunto que, de puro evidente, solemos ignorar y encierra la cuestión central de la clase de objeto y sujeto de conocimiento que es el cuerpo. Que la acción sea, por principio, corporal impone reconocer que no hay posibilidad de pensar acciones humanas incorpóreas (vs. las virtuales). No obstante, y he aquí el meollo del carácter del cuerpo, se distinguen las perspectivas que comprenden las acciones realizadas por el cuerpo como expresión individual de las que se acometen con el cuerpo. En el primer caso el cuerpo mismo aparece como agente, es decir, que él mismo contiene el carácter humano integral investido de razón, voluntad, sensación, motivación, consciencia; en él reside la persona, es. Es éste el cuerpo que reivindica Merleau-Ponty



como cosa en la que no se pueden separar la percepción de su espacialidad de la percepción de sí misma<sup>6</sup>. En el segundo, un yo, un agente distinto de su correlato somático, capaz de pensarse autónomamente se encuentra contenido en un cuerpo a través del cual actúa en ocasiones, pero del cual también puede abstraerse. Con un cuerpo así se expresa el *cogito ergo sum* de Descartes.

La reflexión sobre el cuerpo y el recurso al cuerpo han ofrecido posibilidades para tratar bajo luces nuevas algunos asuntos que ocupan a la teoría social por lo menos desde la mitad del siglo XX. Se trata, en líneas generales, de las consideraciones que atañen a la manera de pensar el sujeto y su relación con el entramado social y simbólico, y en mayor detalle, de ocuparse de la acción individual, de sus móviles y estímulos y de cómo pensar la libertad, la creatividad y la transformación que pueden provenir del sujeto.

La inclinación de las últimas décadas por reflexionar más detenidamente acerca de la situación del sujeto ha encontrado un fundamento importante en el trabajo de Nietzsche, Elias, Foucault, Bourdieu, Giddens o Sennet. Descuella la atención que se le ha dado a la conformación del yo y a su cuidado. Es precisamente con este interés que he procurado seguir la evolución del papel que el cuerpo desempeña en estas tareas. Se imponen entonces una multiplicidad de consideraciones.

Apartarse de las disciplinas modernas como vías para comprender el cuerpo (medicina, economía, comunicación, sociología, feminismo) y acercarse a él a través de las facetas, los problemas, los fenómenos que plantean el cuerpo y, a través suyo, el individuo y la sociedad modernos, aquellos en los que aparece como eje organizador de la ontología y de los sistemas de representación contemporáneos ofrece una posibilidad para este análisis.

---

<sup>6</sup> Merleau-Ponty (1945): 173.

A fin de ilustrar las posibilidades de la reflexión en torno del cuerpo consideraré la relación entre la experiencia individual, el tejido social y el mundo simbólico; es decir, cómo el *habitus* corporal engrana al individuo en la trama social y política, y cómo, con la socialización, se le instilan al cuerpo los principios de interpretación simbólica que dan sustento al orden social. Con este propósito discutiré algunos aspectos del cuerpo como hecho antropológico y epistemológico, y a continuación el carácter histórico de las nociones sobre el cuerpo y de las experiencias corporales para aclarar que la condición somática - es decir, aquella que se deriva de la existencia biológica del cuerpo - no garantiza cualidad universal alguna y que las prácticas que involucran el cuerpo deben considerarse necesariamente en relación con una forma de interpretarlas y de encauzar su sentido. Tras ello, consideraré la forma en que el uso del cuerpo y su educación adquieren un sentido particular para los regímenes bio-políticos de la modernidad y el mundo contemporáneo, en cuyo seno la comprensión, las experiencias y las expresiones sobre lo corporal resultan fundamentales para el ordenamiento simbólico y social. En este sentido, reflexiono sobre tres de los regímenes discursivos de mayor alcance en Latinoamérica, a fin de ilustrar la concatenación entre el cuerpo, el individuo y la sociedad.

#### 1.

La posición destacada que ha venido a ocupar el cuerpo en las últimas décadas revela el orden social y simbólico erigido a través suyo a lo largo de los siglos XIX y XX. Esta presencia del cuerpo, que en la teoría social se debate principalmente desde los años 80 del siglo XX, es un pilar de la formación individual, la organización social y el ordenamiento

simbólico, cuyo fortalecimiento se vincula a las formas de vida modernas y al horizonte de sentido en que se desenvuelven estos tres aspectos. Tal potencia proviene de habersele otorgado al cuerpo la capacidad de ordenar fáctica y simbólicamente la sociedad moderna mediante un proceso que establece categorías y apunta a eliminar la ambigüedad para destacar en el cuerpo la esencia, la función y el lugar de las personas. Esta tarea no tiene tanto el propósito de exponer el acervo emocional, intelectual o espiritual, sino el de ordenar la complejidad social con base en las cualidades que el cuerpo trasluce, y en un aparato de sanciones estéticas y morales que juzga tales imágenes<sup>7</sup>. En torno del cuerpo, las sociedades modernas han hecho un enorme esfuerzo cultural<sup>8</sup> para conciliar en las diferentes perspectivas que lo caracterizan, un conjunto de tareas afectivas, cognoscitivas, intelectuales, conscientes e inconscientes, prácticas y emocionales, cuyo resultado ha sido que el cuerpo ocupara ya a lo largo de todo el siglo XX una posición privilegiada para la comprensión y producción de lo humano, lo social, lo político y lo simbólico.

La disposición y la interpretación de las tareas y hábitos corporales que constituyen la vida cotidiana revelan los principios ideológicos cuya condición se naturaliza precisamente porque involucran el cuerpo. El carácter evidente e indiscutible de las costumbres, el hecho de que el cuerpo se nos presenta como una entidad obvia – pura realidad – resultado de un largo y complejo proceso de naturalización que la hace incuestionable, concede una condición natural, entre otras, a las diferencias entre sexos y a los procesos de exclusión a que dan lugar; a las distinciones entre niños, jóvenes, adultos y ancianos, lo mismo que hace innecesario aclarar las diferencias entre grupos étnicos y raciales, campesinos y ciudadanos, pobres y ricos o bellos y feos. La naturalidad con que se exponen en el cuerpo las diferen-

---

<sup>7</sup> Shilling (1996):127-149; Le Breton (1990); Crossley (1997); Welsch (1996); Low (1994); Reddy (1999).

<sup>8</sup> Jordanova (1999):1-19.

cias permite que el orden social y simbólico que ellas acarrearán a la vez que las producen, resulte indiscutible, y vela la historia que nos ha llevado a reconocerlas sin sembrar un ápice de duda sobre su validez. Esta homologación epistemológica proviene de una percepción del cuerpo, que elimina toda incertidumbre de su superficie y de sus componentes emocionales<sup>9</sup> mediante un trabajo de interpretación, un esfuerzo cultural en el que las diferencias con respecto al patrón que se percibe como natural se consignan en categorías que las denigran moral o estéticamente.

Consideraré dos de las vías en boga para proponer categorías, conceptos y teoría social en relación con el cuerpo. En la primera es necesario comenzar (como se ha hecho aquí) por localizar el lugar central que ocupa el cuerpo en las civilizaciones industrializadas de orientación capitalista cuya evolución se interpreta en la actualidad bajo la égida de sistemas expertos y la asimilación individual de patrones de autocontrol y autopoeisis - en un acto que señala su carácter histórico -, y a continuación reconocer que también este lugar y la composición del cuerpo en él, han resultado de procesos reguladores de larga duración, a la manera de lo que dibuja el trabajo de Norbert Elias y como fenómenos que iluminan la acción y la dinámica del proceso modernizador. En esta vena prospera la sociología del cuerpo, amparada por nociones gestadas en la obra de Foucault y Bourdieu, entre otros, pero donde a menudo el papel del cuerpo se reduce a una función intermediada que deja sin piso la posibilidad de aprehenderlo como el substrato de la vida humana. Aquí se alinean las visiones de los diferentes acercamientos cuyo principal interés es captar la incidencia del conocimiento académico y científico y, en líneas generales, de los sistemas expertos, sobre el cuerpo (medicina, biología, genética, tecnologías cibernéticas) y poner en

---

<sup>9</sup> La concepción del cuerpo que proponga aquí, es la de un complejo antropológico que comprende los fenómenos biológicos (soma), emocionales (psique) y cognoscitivos (mente) en un todo integrado.

evidencia la relación entre la constitución y comprensión del cuerpo y el desarrollo de las disciplinas académicas y el conocimiento científico – tecnológico. Está prácticamente ausente el esfuerzo por captar en su conjunto las fuerzas que actúan en el cuerpo y desde él, que adquieren en él un valor simbólico y perfilan al individuo y la sociedad. El cuerpo aparece entonces como un recurso marchito, carente de su cualidad vital que es su condición primordial.

Por la segunda vía, el cuerpo ha de considerarse en cualquier situación como parte de un pensamiento antropológico que le asigna papeles diferentes en la construcción del individuo y la sociedad. Aquí es imperativo pensar el cuerpo como sustrato absoluto de la vida humana y objeto hermenéutico insoslayable<sup>10</sup>. En este caso se propende una orientación transdisciplinaria<sup>11</sup> que no reproduzca dualidades del tipo cuerpo-alma y naturaleza-cultura, o reduzca la comprensión del cuerpo al producto de orientaciones académicas particulares que lo condenan a la medicalización, el consumo, la producción y la maquinización<sup>12</sup>, sino que atienda al valor del cuerpo como asunto antropológico o eje de un sistema de representación en el que navegan e interactúan discursos, saberes e ideales que sitúan el cuerpo como condición y resultado de las tendencias de las formaciones sociales, del papel de los individuos en ellas y del que les cabe allí a los usos y prácticas corporales. A partir de estas consideraciones puede formularse una teoría sobre el cuerpo. En este caso, el cuerpo aparece también como un recurso privilegiado para comprender la relación entre estructuras sociales y simbólicas y la acción individual, y es allí donde se conjugan las orientaciones his-

---

<sup>10</sup> Es la sugerencia, por ejemplo, de la antropología histórica (Hager 1996; Lévy 1993).

<sup>11</sup> Morin (1994).

<sup>12</sup> Lock (1993).

tóricas con las etnológicas y antropológicas, siempre que se preserve la cualidad vital del cuerpo, siempre que no se diseque en las categorizaciones teóricas.

Las ventajas de ocuparse del cuerpo haciendo oídos sordos a las preferencias de acercamientos disciplinarios particulares, provienen de concebirlo desde su más incuestionable característica: ser la esencia que organiza la vida misma –la individual y la social– y el exponente de rasgos que lo hacen objeto de ciertas atenciones y le adjudican valores particulares tanto para la vida individual como social y cultural, alrededor de hechos como el nacimiento, el crecimiento, la alimentación, las prácticas sexuales, la reproducción, la enfermedad, la raza, el dolor, las emociones, el movimiento, el trabajo, el aprendizaje, el vestido o la muerte, en suma, lo que compone la vida de las personas, el desenvolvimiento de las sociedades y el ordenamiento cultural. Apreciar el cuerpo a través de la acepciones histórico-antropológico de sus propiedades y necesidades, atiende de manera más cabal a los hechos alrededor de los cuales se construye la vida humana, se organiza la sociedad y se produce sentido.

Durante los dos siglos a lo largo de los cuales el cuerpo ha experimentado tanta atención y que conocemos como la modernidad, determinados discursos han sufrido un proceso inflacionario que los ha llevado a producir campos semánticos de mucha mayor riqueza que aquella que despliegan en el campo académico y científico del que provienen. El caso más estudiado es el de la medicina, pero también caben allí la pedagogía, la economía y el psicoanálisis. Este fenómeno hace que en la modernidad, el significado del cuerpo y las percepciones que se tienen de él se confundan y prácticamente se reduzcan a las que se pueden captar a través de los discursos médico, económico, pedagógico o psicoanalítico, que es la corriente central de la sociología del cuerpo. Se requiere de un esfuerzo en otra dirección

para dar cuenta de la cultura somática en una dimensión más amplia, donde la comprensión del pensamiento sobre el ser humano se interese por su carácter histórico y hermenéutico y por las permanencias de las determinaciones biológicas - incluyendo por ejemplo las neurofisiológicas - como elementos alrededor de los cuales se compone y adquiere sentido la vida humana, y que influyen en la disposición de las categorías fundamentales de la existencia.

No se trata de abordar el cuerpo como un problema – casi un obstáculo – que la sociedad busca regular, restringir o reprimir, sino de considerar que a partir y alrededor de sus necesidades e imposiciones, y de la interpretación y el apremio con que se las reconozca, se disponen la sociedad y sus sistemas de representación simbólica. Esto significa entender el cuerpo como se lo entiende y vive, a sabiendas de que tal comprensión y vivencia está también constituida por conocimientos científicos y académicos, por saberes populares y tradicionales y por la particular actitud y forma con la que local, grupal y personalmente se vive.

Si se piensan dimensiones invariablemente referidas al cuerpo como el tiempo (cuyas expresiones e hitos corporales son el nacimiento, la muerte, las edades y las cronologías), el espacio (traducido en la habitación o las nociones de entorno, territorio y ámbitos), el sexo (que se muestra en la reproducción, las ideas de géneros, la concepción sobre la sexualidad o en los patrones crianza), la identidad (contenida en los principios que definen a grupos, clases, razas, y en líneas generales los esquemas de taxonomía social y los principios que fijan la alteridad), las sensaciones y emociones (dolor, alegría, amor, agresión, enfermedad), la alimentación, el abrigo o el movimiento, se abre entonces una perspectiva que comprende y explica el cuerpo a partir de las imposiciones que su propia naturaleza (en el

doble, antiguo sentido de *natura naturata* y *natura naturans*) le hace al ordenamiento social y ante el cual resultan inteligibles los sistemas de representación social del cuerpo.

Asimismo, es posible atender a los condicionamientos que determinadas disposiciones sociales introducen en el cuerpo y en su comprensión. Este no es un recorrido proclive a simplificar y generalizar, sino a aprehender la complejidad de la experiencia y el pensamiento producto del carácter hermenéutico de la actividad humana. La opción que emerge debe concebir que la vida es una experiencia que se tiene con y en el cuerpo, que esta característica permite una forma primera de reflexividad que encara al individuo y al cuerpo, de la que se deriva una disposición de la vida concebida en comunión y que no es posible concebir la acción y el pensamiento, tal como lo conocemos, sin la dimensión corporal<sup>13</sup>.

En los usos, prácticas y representaciones yace entonces la condición de posibilidad de construir un acervo teórico sobre el cuerpo<sup>14</sup>. En los usos y expresiones corporales y en las múltiples formas de las expresiones lingüísticas que explican, configuran e interpretan tales prácticas yacen las opciones metodológicas que pueden conducir a una explicación del sentido social del cuerpo. Es en relación con las prácticas y las experiencias corporales donde cobran vida los múltiples discursos que como vectores éticos y morales, como conocimientos académicos y científicos y como disposiciones estéticas y estéticas las configuran y hacen aprensibles. Y es a partir de los recursos retóricos y semánticos que caracterizan a estos discursos como es posible identificar los ideales y las aprensiones que perfilan un sistema de representación social del cuerpo, así como los órdenes sociales que se instauran y se hacen legibles y transmisibles en las prácticas corporales.

---

<sup>13</sup> Ehrenspeck (1996); Welsch (1996).

<sup>14</sup> Este procedimiento no parece compartido por los teóricos de la sociología del cuerpo, quienes pese incluso a sus propias afirmaciones se inclinan a favor de una teorización principalmente especulativa. Por ejemplo, Turner 1991.



2.

La condición física, material del cuerpo<sup>15</sup>, aquella que nos recuerdan fenómenos como el nacimiento, el crecimiento, la enfermedad y la muerte; el funcionamiento del organismo que se hace evidente en la respiración, la digestión, la reproducción o la multiplicidad de hechos orgánicos; y las necesidades de alimentación, sueño, abrigo, contacto físico y sexo, todos estos aspectos, entre muchos otros, podrían hacernos pensar el cuerpo como una entidad constante e incuestionable. Vistos así, los cuerpos humanos han existido casi inalterados a lo largo de la historia humana. Y, pese a ello, hecha esta constatación, debemos admitir que sólo esto es inmutable en él. Las maneras mismas en que estos hechos se entienden, se tratan, se educan y se practican, remiten a una infinita diversidad. Así, la constante que en un sentido representa el cuerpo en la vida humana, no se agota al definirlo como el elemento físico de nuestra condición humana. La forma misma en que tal condición se concibe y realiza está sujeta a fenómenos que escapan del todo a la índole material de nuestro ser y remiten inmediatamente al carácter cultural y social del cuerpo.

En el caso específico de las configuraciones culturales particulares a la antropología de la modernidad, cabe destacar el sentido del cuerpo en ella. Es fructífero entender la modernidad a partir del desplazamiento sufrido por el eje ontológico del individuo y el vínculo de este fenómeno con los principios de ordenamiento social. En los últimos dos o tres siglos, según hayan sido los desarrollos particulares de la modernidad, se reconoce en el cuerpo

---

<sup>15</sup> Vale aclarar que el sólo uso del calificativo físico remite ya a un conocimiento historizado que caracteriza cuando menos los último cuatro siglos de las sociedades occidentales. Esta forma de conocimiento se funda en la distinción entre el carácter físico de la materia, susceptible de ser conocido por la formas científicas del conocimiento y el carácter metafísico, particularmente de la vida humana, que al tiempo que designa lo más definitivo condición espiritual del ser humano, resulta inaprehensible para las formas racionales de conocimiento. Asimismo conviene recordar que en otras tradiciones una división tal resulta del todo inadecuada para definir al individuo y al cuerpo.

una entidad que ha pasado a ocupar el núcleo ontológico en detrimento del alma, prácticamente desaparecida de la antropología moderna<sup>16</sup>.

Los hechos que demuestran este desplazamiento se pueden resumir afirmando que el individuo moderno se concibe como resultado de la gestión social, gestión iniciada con la educación del cuerpo y su inserción en el lenguaje, y que atrae el interés fundamental de los discursos y prácticas orientados a darle una forma particular al ser humano: la pedagogía, la higiene y la salud, las diversas versiones de la educación física y todas las disciplinas y saberes interesados en educar al niño en particular, pero también al adulto. Su denominador común es ocuparse del cuerpo para formar y afectar, por su intermedio, otras entidades que se reconocen en el ser humano moderno, sean éstas el espíritu, el intelecto o la mente<sup>17</sup>. Sin duda, hay aquí una relación directa con el arraigo de los principios anátomo-políticos y biopolíticos propios de los regímenes estatales gestados con las sociedades modernas. Sólo en el marco de las obligaciones que el estado moderno adquiere con respecto a la preservación y mejoramiento de la vida humana, cabe estudiar y analizar el apogeo de la cultura corporal moderna.

Es propio también de la antropología de la modernidad cumplir las tareas que competen a estos principios en función de algunas categorías centrales que ordenan aspectos básicos de la experiencia humana. Estas categorías ocupan un lugar de primer orden en la definición del *habitus* corporal y, en sí mismas, resultan de la acción de los sistemas expertos sobre las formas de comprensión social de la realidad. El *habitus* corporal, designa disposi-

---

<sup>16</sup> Giddens (1991); Kamper y Wulf (1982); Shilling (1993).

<sup>17</sup> En un sentido radical, la proclamación de los derechos humanos considera que el carácter propiamente humano se deriva del sólo hecho de vivir, acción ésta despojada de toda similitud con una vida buena y, más bien, con un sentido restringido a la vida biológica, de la cual proviene el carácter de lo humano o, cuando menos, sus principales potencialidades (Rose 2001).

ciones, es decir, maneras de hacer, duraderas y transferibles, y vinculadas a una determinada clase de condiciones de existencia que actúan como fundamento para la producción y el ordenamiento de prácticas y representaciones. Bourdieu afirma que tales disposiciones se ajustan objetivamente a este propósito, sin que sea necesario presuponer una intención consciente de intereses ni un dominio expreso de las operaciones necesarias para lograrlos. Estas prácticas y representaciones –la *hexis* corporal– conforman una dimensión fundamental del sentido de orientación social y una manifestación práctica de la experiencia y de la expresión del valor de la propia posición social<sup>18</sup>. Al conjugar las concepciones e incorporaciones del tiempo, el espacio, el sexo y la identidad, entendidas como tales disposiciones, es posible estudiar las experiencias determinantes de la comprensión del individuo en su calidad de persona, miembro de una sociedad y ciudadano.

La comprensión del *tiempo* tiene cuando menos dos consecuencias, determinantes del ordenamiento social moderno. Por una parte, la experiencia isócrona del tiempo a partir de su medición mecánica con relojes y calendarios - uno de los hechos fundamentales en la realización de la subjetividad moderna -, ordena el día a día de la vida humana y marca la pauta para las nociones de ritmo, eficiencia, velocidad y orden con las cuales se juzga el desempeño personal y social. Por otra parte, la manera como el tiempo se experimenta individualmente está vinculada a las edades que caracterizan el ciclo vital. La delimitación de cada edad y la definición de nuevas edades, sirven para calibrar los logros de cada existencia, sus alcances y vacíos, y la manera como cada organización sociocultural entiende la vida individual en su dimensión temporal. Es ilustrativo el particular desarrollo que han

---

<sup>18</sup> Bourdieu (1972).

tenido en la modernidad categorías relativas a la edad como las de infancia<sup>19</sup>, adolescencia<sup>20</sup>, tercera y cuarta edad y los programas estatales destinados a su atención. Son las diferentes disciplinas sociales, médicas, psicológicas y educativas las encargadas de determinar qué corresponde en términos físicos, intelectuales, emocionales o cognoscitivos a cada una de ellas.

La segunda categoría, presente en toda antropología, el *espacio*, tiene en la historia de la modernidad dos expresiones particulares. La consolidación de los estados-naciones introdujo como una tarea en el desarrollo de la identidad individual, el sentido de pertenencia de toda persona a una comunidad definida espacialmente en lo que denominamos países o naciones. Esa pertenencia, su nacionalidad, imprime una serie de características al *habitus* corporal, de acuerdo con la posición que ocupe dentro de la nación y el que la nación ocupe respecto de otras en el orden mundial. En otra perspectiva, el espacio en el que se desenvuelve la vida individual se concibe en la modernidad en términos públicos y privados, con lo que se designa un rasgo propio de la subjetividad moderna: el desarrollo de la personalidad como aquella cualidad de plasticidad que le permite al individuo ajustarse a condiciones en las que o bien priman las normas de la vida pública – la restricción de los impulsos personales a favor del bien común –, o bien puede explayarse el fuero interno, a saber el deseo y la libertad de conciencia propias del cultivo del sujeto moderno. El desempeño, las tareas y las responsabilidades individuales en cada uno de estos ámbitos, inciden de manera importante en su *hexis* corporal. Buena parte de las sanciones que juzgan a través de las nociones propias de la higiene, la belleza, el buen comportamiento o la elegancia, se producen en relación con el ámbito en el que se desenvuelve la persona.

---

<sup>19</sup> Ariès (1960); de Mause (1974).

<sup>20</sup> Barrán (1996).

En la actualidad y pese a las diferencias teóricas, no requiere mayor explicación la afirmación acerca de cómo las nociones sobre lo que es propio de cada *sexo* y lo define, aquello que produce las ideas acerca del género, son construcciones sociales que no pueden entenderse como corolarios del sexo biológico. No obstante, tal vez ningún orden social se ha ligado de manera más directa al cuerpo humano. Más allá del ordenamiento de la procreación y las formas de reconocimiento del parentesco, el sexo de un individuo sirve para señalar en él ciertas particularidades y prescribir limitaciones. El territorio delimitado por estos rasgos - que se tornan fácilmente obligatorios- es una guía ineludible del comportamiento personal. Dudar del sexo al que se pertenece o sembrar tal duda entre la sociedad, es uno de los conflictos más radicales a que puede exponerse la persona.

En esta misma línea se puede señalar la forma como a las variedades fenotípicas que conocemos como *razas*, se les han asignado históricamente valores que han servido para fundamentar la diferenciación y jerarquía entre los seres humanos, las sociedades y las expresiones culturales. Las variaciones en la pigmentación, en el tamaño y la contextura física, en la forma y el volumen craneal o en el color de los ojos, representan signos que han sido entendidos como expresiones de la medida en que el carácter humano se ha desarrollado, considerando incluso que algunas son variantes infrahumanas. Las jerarquías que estructuran muchas sociedades y buena parte del ordenamiento mundial, deben entenderse en relación con el valor asignado históricamente a las diferentes razas.

Estos cuatro ejes no agotan las dimensiones del ordenamiento social que inciden en el *habitus* corporal moderno. Las emociones, el movimiento, la alimentación y el lenguaje mismo, involucran experiencias y representaciones adicionales que lo comprometen ínti-

mamente. Con todo, los ejes del tiempo, el espacio, el sexo y la raza<sup>21</sup> modelan el *habitus* moderno de formas difíciles de subvertir e influyen ampliamente en otras dimensiones antropológicas.

El entramado de estos órdenes y la manera como se valoran las múltiples expresiones de los aspectos señalados, componen un corpus de recursos semánticos y sanciones morales y estéticas con los que se instituye y reproduce el orden social.

Así, en la modernidad, el cuerpo se hace inmanente a la subjetividad y se convierte en la superficie para la ostentación de todo principio ético. El cuerpo ha perdido en esta evolución su carácter simbólico, ha abandonado la tarea de representar el alma para pasar a construirla y, luego, a la mente. En este trasegar ha hecho suya la necesidad de formarse para escenificar la diferencia, incluso para ser la diferencia misma y el principal objeto de sanción social. Sobre el cuerpo y en él, deben hacerse evidentes principios éticos modernos, provenientes ellos mismo del catálogo cristiano hecho humanismo: contención, abstinencia, moderación, disciplina, frugalidad, persistencia, valores todos de restricción y ahorro personal que optimizan la abundancia y la prodigalidad en términos sociales y sobre los que se han erigido principios estéticos como el buen gusto, el sentido común, la elegancia, la belleza o la naturalidad<sup>22</sup>.

En este sentido básico, producido por el cuerpo y reconocido en él, los sistemas expertos y su racionalidad han ejercido una influencia notable. Es este el hecho que se denuncia al señalar el cuerpo disciplinado, medicado, maquínico y el peso del consumismo y de la tira-

---

<sup>21</sup> Insisto: la sola mención de estas cuatro categorías pone de manifiesto una inserción cultural indisolublemente atada a las nociones de las ciencias occidentales modernas y, por lo tanto, a su incidencia en las posibilidades de que disponemos para nombrar y comprender la experiencia humana.

<sup>22</sup> Jiménez (1995); Summers (1987).

nía de la división simbólica de los géneros y la sexualidad como lastres que coartan la libertad tanto del cuerpo como del individuo moderno<sup>23</sup>.

Pese a ello, en el desarrollo de la modernidad, es precisamente el fraccionamiento de los discursos morales y expertos lo que permite considerar el momento contemporáneo y nuevas visiones. El predominio actual de los discursos estéticos y estésicos<sup>24</sup> nació de la visión del cuerpo que introdujo el sensualismo y del paso de una lógica eminentemente racional a otra que, subrayando la importancia de la percepción, le dio cabida a la sensibilidad, la sensibilidad y a sus expresiones.

Una definición teórica del cuerpo en la modernidad debe discutir igualmente la afirmación que sentencia su desaparición. Estas visiones ven sucumbir el cuerpo en aras del encumbramiento de la razón y de una lógica capitalista amenazada por las debilidades e imperfecciones del cuerpo, que paulatinamente corrigen los adelantos tecnológicos: órganos electrónicos, prótesis, implantes y todo lo que tienda a borrar la muerte eliminando lo que muere: la materia viva. Lyotard señala la imposibilidad de que el pensamiento exista sin el substrato experiencial que compone el cuerpo y exento de la función que éste desempeña en el desarrollo del pensamiento mismo. El postulado aquí es que en lugar de tal desaparición, el cuerpo ocupa una posición central en la ontología y en la antropología de todas las formas de realización de la modernidad. Lo que desaparece es más bien la concepción de una subjetividad surgida del principio cartesiano '*pienso, luego existo*', para ser reemplazado por el mandato '*siento, luego existo*', al que obedecen los discursos pedagógicos que definen la modernidad y en el que se fundan los principios estéticos y estésicos.

---

<sup>23</sup> Baudrillard (1972); Heller y Fehér (1995).

<sup>24</sup> Las experiencias estésicas ordenan, administran y dotan de sentido el conjunto de percepciones sensoriales que el cuerpo recibe a través de los sentidos. Esta experiencia sensorial es posteriormente valorada estéticamente en función del sistema de distinciones que avala el orden social.

El problema del impulso estético y del anclaje moderno en sus preceptos puede apreciarse también como una posibilidad<sup>25</sup>. No se trataría entonces solamente de una última señal de decadencia ética y de entrega total al consumismo; puede ser también una tabla de salvación en la que principios estéticos fundados en una subjetividad ampliada que incorpora la reflexividad estética, demuestren ser recursos de primer orden para la definición no sólo de identidades, sino también de reivindicaciones ecosociales de la mayor importancia<sup>26</sup>.

### ***El cuerpo latinoamericano***

Una de las perspectivas que conceden centralidad al cuerpo en las sociedades modernas es la que consignó Foucault<sup>27</sup> con las denominaciones de *anátomo-política* y *bio-poder*. La primera se refiere a las formas de disciplinar el cuerpo individual; la segunda remite directamente a la manera como, con la fundación de los estados modernos, sus miembros se conciben como población y se emplean formas de administración de la vida de esa población. Pese a que los orígenes de estas formas de regulación datan respectivamente del siglo XVII y XVIII, Foucault considera que es sólo en el siglo XIX cuando ambas se unen en una gran tecnología de poder, que ejemplifica paradigmáticamente el dispositivo moderno de sexualidad.

Al ampliar la consideración de Michel Foucault sobre la aparición de la biopolítica, es decir, el momento de radicalización de las formas de regulación que agregan al disciplinamiento individual, las formas de control ejercidas por el Estado, la cuestión del cuerpo en América Latina obliga a algunas reflexiones sobre un surgimiento más temprano del biopo-

---

<sup>25</sup> Maffesoli (1996); Morin (1994).

<sup>26</sup> Gloy (1996); Sieferle (1989).

<sup>27</sup> Foucault (1976).



der como acto de colonización simultáneo a la introducción de las formas de disciplinamiento individual sin las cuales no procede una comprensión biopolítica del gobierno. Las disposiciones biopolíticas aparecen ya en las primeras formas de aniquilamiento y reordenamiento de los pueblos indígenas en América en el primer momento del ejercicio colonial<sup>28</sup>, se complican con el desplazamiento de las poblaciones africanas esclavizadas hacia el Nuevo Mundo y adquieren un tercer nivel con la Independencia y el surgimiento de las repúblicas. La condición de indios, negros y ciudadanos de segundo orden como la otra cara de colonizadores, terratenientes y elites republicanas, sitúa las consideraciones sobre el gobierno biopolítico en una composición estratigráfica desatendida por el pensamiento de Foucault<sup>29</sup>.

Pensar la modernidad latinoamericana debe comenzar por relevar el papel central que ha tenido el cuerpo en su configuración. Elementos inherentes a la modernidad como la concepción isométrica del tiempo, la racionalidad productiva y el principio metódico que la subyace, el acto reflexivo, la pérdida de trascendencia, la imposición de sistemas expertos, ponen todos de manifiesto que en la antropología moderna el ser humano, se sabe y hace a sí mismo y que esta manufactura se acomete a través de y con el cuerpo. Es en el cuerpo donde se pone en funcionamiento la racionalidad del trabajo y el tiempo, se introducen las nociones de orden y método, se da uso a los sentidos para la formación individual, y cobran literalmente vida los conocimientos científicos que la definen o el control poblacional que

---

<sup>28</sup> García (2000); Mignolo (1995).

<sup>29</sup> A lo anterior debe añadirse la situación existencial y simbólica de los pobres, los campesinos, los mestizos, los marginados de todas coloraciones tanto como los modernos y mundialmente reconocidos obreros, mujeres y dementes, entre otros, de cuya condición en la modernidad sí dan cuenta las teorías hegemónicas.

se planea a través de la estadística y la demografía, para mencionar algunos de los más socorridos<sup>30</sup>.

Es posible rastrear y entender la evolución de la relación entre cuerpo y modernidad en América Latina considerando algunos de los principales discursos que han incidido en este desarrollo y en la forma particular de su estructuración social y simbólica:

a. La preocupación por lo que el comportamiento y las maneras dicen de la persona se puede considerar una fase anterior a una antropología moderna, porque el cuerpo se concibe como superficie de representación, actúa todavía como símbolo dominado por el *discurso de la urbanidad*, que no se concibe como un sistema experto, sino de carácter moral y estético de origen renacentista, en el que incluso dominan principios como el de la semejanza en el que el signo (cuerpo) es la cosa y la cosa, el alma.

El discurso de la urbanidad encaja en una antropología en la que el individuo no es la figura central, donde su subjetividad está subordinada, al igual que su identidad, a la pertenencia a una comunidad en la cual priman relaciones de parentesco y lazos sociales que se actualizan en la relación cara a cara alimentada en salones y lugares de encuentro (teatros, parques, veraneos, lugares de recreación, tertulias, trenes). Allí se busca imponer una doctrina altamente normada y ritualizada que guía la acción y en la cual las posiciones personales en una estructura de clases, géneros, edades y oficios se fundan en principios estéticos con repercusiones morales de las cuales destella el principio de distinción.

El problema que plantea la ilustración en su fase republicana es el inicio de nuevas configuraciones democráticas que agudizan los mecanismos diferenciadores en una sociedad necesitada de una burguesía apta para hacer realidad el progreso. No obstante, esa burguesía

---

<sup>30</sup> En este sentido, el cuerpo no funciona como un lexema teórico sino como vida humana que se produce en horarios y sigue reglas en sus movimientos y procesos.

sía, renuente a abandonar las prebendas nobiliarias, se empecina en conservarlas abriendo, sin embargo, la puerta a nuevos elementos: los conocimientos académico-científicos y especialmente la higiene.

El discurso de la urbanidad empieza entonces a perder en el subcontinente su fundamento católico para aliarse con la moral de la higiene científica<sup>31</sup>. La urbanidad cimienta la identidad latinoamericana en la historia: rescata del legado español la dignidad de la lengua y la religión, cuyas raíces se hunden en el clasicismo antiguo. Asimismo, la urbanidad, en apego al ordenamiento social que le atribuye al catolicismo, formula una definición de géneros, edades y grupos sociales basada en principios estéticos modernos – en el gusto, principalmente - para derivar de éstos, jerarquías sociales caracterizadas por una extremada rigidez y fundamento moral.

A través de una gramática del cuerpo y de recurrir al orden como principio civilizador, la urbanidad logra una definición de los espacios vitales en los que se debe desenvolver esa identidad. Se trata de ámbitos familiares y sociales donde el estricto seguimiento de su régimen impide el desarrollo de las esferas íntimas y públicas. En su sistema de inclusiones, la urbanidad define los géneros modernos: acceder a los títulos de señor y señora, y a la adultez burguesa, es el principal objetivo de un esfuerzo dirigido a las mujeres, conminadas a cumplir al pie de la letra las normas de civilidad y a hacerse cargo de la reproducción del orden social. Como parte de estas normas y en atención al orden de las edades, es a la señorita a quien le cabe la mayor responsabilidad, pues en el control de su sexualidad reposa la reproducción de la población y del orden social señorial.

---

<sup>31</sup> Lasch (1979).

La urbanidad se ocupa de erigir una barrera infranqueable entre el campo y la ciudad para concentrarse en la vida citadina. En ella atiende a los grupos que potencialmente podrían ingresar a las clases altas. Así, su filiación hispánica y católica supone un principio de exclusión que cubre a todos los habitantes del campo: grupos étnicos, comunidades negras y campesinas, que entre otros, son sancionados por los criterios estético-morales de la urbanidad.

b. Los discursos que ponen en circulación y popularizan los conocimientos *científicos* y *académicos* introducen el ejercicio reflexivo que se promueve desde los sistemas expertos, en este caso, proveniente de ciencias y disciplinas como la higiene, la pedagogía, la educación física y otras afines: medicina, biología, física, química, ciencias naturales y psicología. En la antropología moderna el discurso de la higiene jalonó la fase inicial de la modernidad. Incluso el pedagógico, que lo superaría hacia los años cuarenta del siglo XX, avanzó a la sombra de los principios que introdujo la higiene.

La higiene propone un uso específico del cuerpo, un conjunto de prácticas que se entienden como el principio para formar a la persona y, particularmente, al ciudadano. Para ello, la higiene aísla el cuerpo de todo contexto social y cultural y lo adopta en el sentido que la primera ilustración le dio: materia biológicamente cognoscible a través de la anatomía y la fisiología, ajeno a toda determinación vivencial<sup>32</sup>. Del desplazamiento antropológico que resulta de considerar el cuerpo exclusivamente por sus cualidades materiales, provienen los órdenes modernos en los cuales las distinciones se concretan en los rasgos corporales aus-

---

<sup>32</sup> Merecer un capítulo aparte la discusión sobre la teoría de las razas y la eugenesia. Dentro de los diversos debates que se promovieron alrededor del tema de la raza como recurso explicativo, varios se apartan de esta afirmación. No obstante, en líneas generales, el desarrollo de la medicina científica se debe a su capacidad para aislar el cuerpo, por efecto de su mirada clínica, de las determinaciones morales y sociales que caracterizaron el conocimiento del cuerpo hasta la mitad del siglo XIX.

cultados por las ciencias: sexo (definición de capacidades, funciones y deberes de hombres y mujeres; rechazo de toda expresión homosexual); edad (delimitación de grupos etáreos de acuerdo con el sexo y atribución de habilidades, funciones, limitaciones y capacidades cognitivas, emocionales y morales); raza (señalamiento de cualidades de los diferentes grupos raciales y étnicos, ordenamiento evolutivo de éstos y de su función dentro del proyecto nacional y mundial); entorno (determinación de los factores geográficos y climáticos que inciden sobre el cuerpo y condicionan su desempeño y el de la persona).

Al considerar el cuerpo según variables independientes del entorno social, pero determinantes para él, la higiene y la medicina responsabilizan al individuo de su salud y de alcanzar la dignidad de ciudadano civilizado. Paralelamente a la higiene, debe acoger la educación pedagógica, incluyendo la física, para hacerse a una ciudadanía plena. Personalmente, el resultado son la prosperidad y la felicidad; nacionalmente, la civilización y el progreso.

El motivo destacado del que se sirve la higiene, es la energía. En torno al diseño de una economía política de la energía, su discurso se orienta a formar el pueblo y las elites. Es de señalar su interés por el hombre adulto, sea éste obrero o dirigente, y su desprecio por los grupos que margina a la condición de minorías y a menudo recluye en instituciones especializadas (leprosos, sifilíticos, tuberculosos, alcohólicos, prostitutas, huérfanos, pobres y vagabundos).

Para administrar la energía que el hombre adulto despliega, se precisa de método, un principio en el que deben formarse los niños. La infancia moderna es una categoría que se refiere a aquella población en la que se concentra la higiene para formar al adulto. Para cumplir esta tarea y supervisarla surge un campo en el que se entrecruzan el médico, el maestro y la madre. Este campo en el que se encuentran los ámbitos público y privado, el

conocimiento científico y su operacionalización en la vida doméstica, responde también a la forma como el estado, por intermedio de los sistemas expertos encuentra una entrada y un camino para regular la vida privada. En este sentido, la madre es el principal agente del discurso higiénico y de la tarea de producir el cuerpo moderno. En este campo se gesta también su paradójica condición de pivote de la sociedad moderna y la ambivalente situación simbólica que la enaltece y la subyuga.

La filiación de estos discursos académico-científicos es doble: orientada hacia principios hegemónicos en cuanto se ciñe y mantiene atenta a la evolución del conocimiento y al sistema de sanciones de los centros, y proclive a cimentar una autenticidad latinoamericana porque apunta a unificar los países del subcontinente en su lucha contra su naturaleza - tenida a veces por bárbara y otras por pródiga - y a consolidar las naciones, también en respuesta al desprecio al que las condenó el mundo noratlántico.

c. Las concepciones que encierran los discursos *estéticos* y *estésicos*<sup>33</sup> provienen de la segunda Ilustración, pero a menudo ignoran sus efectos sobre la explosión actual de fenómenos de esta índole. En ellos prima el interés por el desarrollo sensible a través de los sistemas que inducen a una percepción correcta de los sentidos (sensorialidad), así como a ampliar la intensidad y rango de las sensaciones (sensitividad) en aras de una sensibilidad que aplique cualidades y juicios estéticos e instaure canales sociales de comunicación. El ascenso de estos discursos y de las prácticas que cobijan es evidente tanto en los métodos pedagógicos y de la cultura física como en el notorio incremento de la emocionalidad, en el

---

<sup>33</sup> Pedraza (1996).

interés por la personalidad, el erotismo y todas las formas de estilización que buscan comunicar esta sensibilidad<sup>34</sup>.

Los principios y valores semánticos de los discursos estéticos y estésicos tienen origen en la retórica, en el canon moral católico y en el cúmulo de experiencias corporales que ha puesto a disposición la evolución de los conocimientos académicos y científicos, al igual que la industrialización y la tecnificación. El producto de ello es la alteración ocurrida en la jerarquía y el uso de los sentidos que ya no sólo puede resumirse en el de culturas visuales, sino también en la ampliación del espectro sensorial para incorporar de forma más activa formas muy diversas de conocimiento y experimentación corporal que involucran los sentidos exteriores e interiores.

Estos discursos les dan prelación a los jóvenes y son reacios a una clara atribución de funciones y capacidades según los sexos, puesto que su motivo central son las emociones ancladas en el cuerpo. De ahí que su definición de grupos sociales proceda identificando intereses estéticos y sensibilidades, hecho que a menudo se confunde con una lógica democrática, cuando en realidad prevalecen los juicios de la distinción que operan sobre criterios como velocidad, intensidad o juventud.

Los grupos excluidos por los discursos estéticos y estésicos los componen los viejos y pobres del mundo puesto que la filiación de sus principios es global en la medida en que las tecnologías contemporáneas y los medios masivos de comunicación facilitan la expansión de sensibilidades fundadas en principios e interpretaciones sensoriales que circulan sin interferencias, aunque con interpretaciones locales y usos particulares.

---

<sup>34</sup> Maffesoli (1996); Welsch (1996).

Las expresiones de estos discursos en América Latina saltan a la vista en la proliferación de las industrias culturales, en el diseño de las políticas públicas, en las formas locales de inserción en fenómenos culturales y tecnológicos mundiales, en las modalidades particulares de consumo, pero también en la preservación de sistemas de distinción y discriminación cuyo fundamento último se encuentra en la trayectoria de superposición de sistemas de ordenamiento simbólico y estructuración social que ha caracterizado las formas de biopolítica practicadas en la región.

### ***Bibliografía***

- Ariès**, Philippe (1960). *El niño y la familia bajo el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Barrán**, José Pedro (1996). "El adolescente, ¿una creación de la modernidad?", *Historias de la vida privada en el Uruguay*. El nacimiento de la intimidad. 1870-1920. T.2. Uruguay: Taurus. pp. 174 - 199.
- Baudrillard**, Jean (1972). "El más hermoso objeto de consumo: el cuerpo", en *La sociedad de consumo: sus mitos, sus estructuras*. Barcelona: Plaza & Janés, 1974. pp. 185-213.
- Beck**, Ulrich et al (2003). "The Theory of Reflexive Modernization. Problematic, Hypothesis and Research Programme", *Theory, Culture & Society*, 20(2): 1-33.
- Berthelot**, Jean-Michel (1995). "The Body as a Discursive Operator: Or the Aporias of a Sociology of the Body", *Body & Society* 1(1):13-23.
- Bourdieu**, Pierre (1972). *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge University Press, 1999.
- (1977). "Remarques provisoires sur la perception sociale du corps", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 14: 51-54.
- Bourdieu**, Pierre (1980). *Le sens pratique*. Paris: Minit.
- Crossley**, Nick (1997). "Corporeality and Communicative Action: Embodying the Renewal of Critical Theory", *Body & Society* 3(1):17-46.
- De Mause**, Lloyd (1974). *The History of Childhood*. New York: The Psychohistory Press.
- Ehrenspeck**, Yvonne (1996). "Aisthesis und Ästhetik: Überlegungen zu einer problematische Entdifferenzierung", in **Mollenhauer**, Klaus und Christoph Wulf (Hg). (1996). *Aisthesis/Ästhetik: Zwischen Wahrnehmung und Bewusstsein*. Weinheim: Deutscher Studien Verlag. pp. 201-229.
- Elias**, Norbert (1969). *Über den Prozess der Zivilisation: Soziogenetische und psychogenetische Untersuchungen*. 2Aufl. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- Featherstone**, Michael. et al. (eds). *The Body: Social Process and Cultural Theory*. London: Sage.
- Falk**, Pasi (1994). *The Consuming Body*. London/Thousand Oaks/New Delhi: Sage.
- Foucault**, Michel (1976). *Historia de la sexualidad*. 1. La voluntad de saber. Madrid: Siglo XXI, 1984
- Frank**, Arthur (1991). "For a Sociology of the Body: An Analytical Review" in, Featherstone, M. et al. *The Body: Social Process and Cultural Theory*. London: Sage. pp. 36-102.
- García**, Raúl (2000). *Micropolíticas del cuerpo: de la conquista de América a la última dictadura militar*. Buenos Aires: Biblos.



- Giddens**, Anthony (1991). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península, 1995.
- Gloy**, Karen (1996). *Das Verständnis der Natur. Bd. 2. Die Geschichte des ganzheitlichen Denkens*. München: Beck.
- Hager**, Frithjof (Hg) (1996). *Körperdenken: Aufgaben der Historischen Anthropologie*. Berlin: Reimer.
- Heller**, Agnes y Ferenc Fehér (1995). *Biopolítica: la modernidad y la liberación del cuerpo*. Barcelona: Península.
- Jiménez**, José (1995). "Modernity as Aesthetics. *Paragrana* (Berlín), 4(1):173-183.
- Jordanova**, Ludmilla (1999). *Nature Displayed. Gender, Science and Medicine 1760-1820*. London and New York: Longman.
- Kamper**, Dietmar und Christoph Wulf (1982). *Die Wiederkehr des Körpers*. Frankfurt a.M.: Suhrkamp.
- Lasch**, Christopher (1979). *Refugio en un mundo despiadado. Reflexión sobre la familia contemporánea*. Barcelona: Gedisa, 1996.
- Lash**, Scott (1994). "Reflexivität und ihre Doppelungen: Struktur, Ästhetik und Gemeinschaft", in **Beck**, Ulrich et al (1996). *Reflexive Modernisierung: Eine Kontroverse*. Frankfurt a/M: Suhrkamp.
- Le Breton**, David (1990). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1995.
- Lévy**, David (1993). *The Measure of Man. Incursions in Philosophical and Political Anthropology*. St. Albans: Claridge.
- Lock**, Margaret (1993). "Cultivating the Body: Anthropology and Epistemologies of Bodily Practice and Knowledge", *Annual Review of Anthropology*, 22: 133-55.
- Low**, Setha M. (1994). "Embodied metaphors: nerves as lived experience", **Csordas**, Thomas J. (ed). *Embodiment and Experience. The Existential Ground of Culture and Self*, Cambridge University Press, 2000. pp. 139-162.
- Lyotard**, Jean François (1989). "Ob man ohne Körper denken kann", in *Das Inhumane: Plaudereien über die Zeit*. Wien: Passagen. pp. 23-49.
- Maffesoli**, Michel (1996). *Elogio de la razón sensible. Una visión intuitiva del mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós, 1997.
- Merleau-Ponty**, Maurice (1945). *Phénoménologie de la perception*. Paris: Gallimard.
- Mignolo**, Walter (1995). *The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality & Colonization*. University of Michigan Press.
- Morin**, Edgar (1994). "La noción de sujeto", **Schnitman**, Dora Freíd. *Nuevos paradigmas, cultura y subjetividad*. Buenos Aires: Pados, 1998. pp. 67-85.
- Pedraza Gómez**, Zandra (1996). *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*. Bogotá: Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, 1999.
- Reddy**, William M. (1999). "Emotional Liberty: Politics and History in the Anthropology of Emotions", *Cultural Anthropology* 14(2): 256-288.
- Rose**, Niklas (2001). "The Politics of Life Itself", *Theory, Culture & Society* 18(6):1-30.
- Shilling**, Chris (1993). *The Body and Social Theory*. Sage, 1997.
- Summers**, David (1987). *The Judgement of Sense. Renaissance Naturalism and the Rise of Aesthetics*. Cambridge University Press, 1994.
- Turner**, Bryan (1991). "Recent Developments in the Theory of the Body", **Featherstone**, M. et al. (eds). *The Body: Social Process and Cultural Theory*. London: Sage. pp. 1-35.
- Welsch**, Wolfgang (1996). "Aestheticization Processes. Phenomena, Distinctions and Prospects", *Theory, Culture & Society* 13(1): 1-24.